



Para prepararnos a la Navidad recibimos ayuda de muchos lados y los personajes que se nos presentan en la liturgia vienen a insistir en lo importante que es recibir en nuestro corazón al Salvador. Corremos el riesgo de dejarlos en el olvido y no darles su debida importancia.

A los contemporáneos de Jesús les pasó y en el pasaje de hoy escuchamos el reclamo que les hace Jesús: no supieron reconocer a Juan el Bautista. Y es que la misión de Juan corre con suerte paralela a la misión de Jesús y con los mismos resultados: no es escuchado, por el contrario lo desaparecen como un estorbo. Cuando habla Juan siempre es claro y con energía. Su mensaje va a la raíz de las cosas y de los comportamientos humanos.

No se calla aquello debería decir aunque parezca incómodo y no se detiene por falsos respetos humanos, sino que busca cumplir su misión profética. Ya estamos en camino y también a nosotros Cristo nos pregunta qué pensamos de Juan el Bautista y qué significa su mensaje para nosotros. Hemos opacado el adviento con lucecitas y músicas tiernas, como para no escuchar los reclamos de conversión y la exigencia de una vida coherente. Y sin embargo ahí está la figura del Bautista que no se deja amilanar por conversiones falsas o por aparentes bautismos. Insiste que el hacha ya está puesta a la raíz y que nuestra conversión debe ser desde la raíz.

Anuncia la cercanía del Mesías pero advierte que hay caminos torcidos, que hay huecos que se deben llenar, que hay orgullos que se deben rebajar. ¿Le creeremos nosotros al Bautista? Miremos nuestro mundo y escuchemos las palabras de este profeta que busca enderezar los senderos.

Hay muchas rutas que no llevan a ninguna parte pero parecen encantadoras, hoy debemos revisar cómo estamos haciendo el camino. Ya viene Cristo nuestra luz pero necesitamos la conversión verdadera. ¿Cómo lo estamos esperando?